

Pedazos irrompibles y momentos maravillosos

«Cronomoto» puede considerarse la culminación de Kurt Vonnegut. Su experimento más audaz

En su ensayo *Unstuck in Time: A Journey Through Kurt Vonnegut's Life and Novels* (2011), Gregory D. Sumner define y contempla *Cronomoto* como «una heroica, magnífica ruina, erigida sobre una trama que no se permite a sí misma el ser contada». Un párrafo después, Sumner añade que –surgido este libro de alguien que se presentaba como «ya no el promisorio escritor que alguna vez fui»–, *Cronomoto* es, además, «la culminación de sus aventuras en el 'collage autobiográfico' y, en más de un sentido, el experimento más audaz de este autor a la hora de demoler los límites entre autobiografía y fantasía». No se equivoca.

Publicada originalmente en 1997, *Cronomoto* concilia más que nunca al Vonnegut personaje público con sus privados personajes vonnegutianos, incluido el siempre averiado pero por siempre en movimiento escritor de ciencia ficción Kilgore Trout.

Alegres «blues»

Así, lo que empieza siendo una historia *sci-fi* con la excusa de otro «terremoto temporal» (la singularidad psicopática y viajera a través de los años de Billy Pilgrim en *Matadero Cinco* aquí alcanza a la humanidad toda y la obliga, por culpa de un «hipo en el entramado del universo» en 2001, a volver a 1991 y re/vivir al detalle, sin posibilidad de cambio, toda una década cometiendo los mismos errores), en seguida comienza a desarmarse y deshacerse.

Con semejante y recurrente premisa la HBO tendría para varias temporadas. Pero, entonces, Vonnegut, cada vez más convencido de que no le quedan fuerzas, se convierte en una suerte de omnipresente maestro de ceremonias que secuestra al lector y lo obliga, sin ningún esfuerzo, a disfrutar de sus alegres blues de artista en la más triunfal de las retiradas a la vez que ajusta cuentas con

sigo mismo, insistiendo en la obsesión que sostiene todo lo que ha escrito: el examen de la infinita capacidad del ser humano para ensayar cada vez más creativas variaciones sobre el aria perfecta de esa estupidez que es lo que lo diferencia de los animales.

Y (lo único que Vonnegut daría a la imprenta a partir de *Cronomoto* serían exitosos rejuntes de diatribas y sketches y guiones radiofónicos y cuentos primerizos) se transforma en un libro hecho pedazos pero, también, hecho de pedazos e irrompible. Una mutación y resumen de lo publicado, en un mix del articulista y conferenciante y del artesano de argumentos atomizados.

Otro fin del mundo

En un párrafo magistral y epifánico de *Matadero Cinco* Vonnegut se refiere a los libros perfectos del planeta Tralfamadore como algo donde «no existe ninguna relación entre los mensajes excepto que el autor los ha escogido cuidadosamente; así que, al ser vistos simultáneamente, producen una imagen de la vida que es hermosa y sorprendente y profunda [...] Lo que amamos de nuestros libros es la profundidad de tantos momentos maravillosos contemplados al mismo tiempo».

Cronomoto es un libro exactamente así. Un festival que vuelve a incluir otro fin del mundo, a Hitler jugando y ganando al bingo en el búnker de su derrota final, y a un Kilgore Trout despidiéndose en las playas terminales de un resort/retiro para escritores.

Allí, criatura y creador se funden en una comunión cósmica, mirando a las estrellas como si las leyesen.

Es una despedida, sí.

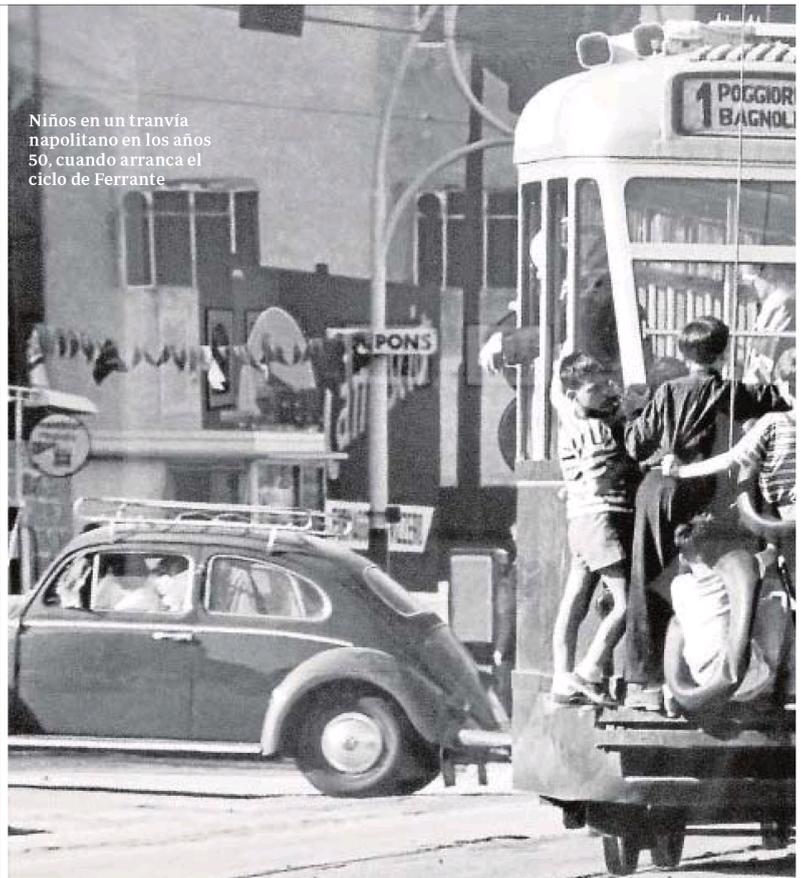
Es un final tristísimo pero, al mismo tiempo, tan feliz.

RODRIGO FRESÁN

Cronomoto Kurt Vonnegut



Narrativa
Trad. de
Carlos
Gardini
Malpaso,
2015
240 páginas
20 euros



Niños en un tranvía napolitano en los años 50, cuando arranca el ciclo de Ferrante

Elena Ferrante, secreto de Estado

Con «La niña perdida» se cierra el ciclo narrativo de la misteriosa Elena Ferrante. La historia de dos amigas que es también, sobre todo, la historia de la ciudad de Nápoles

Se ha dicho muchas veces que la identidad de la misteriosa escritora Elena Ferrante, posiblemente el «autor» italiano más conocido en el mundo anglosajón, incluso más que Eco, es una especie de secreto de Estado. Un misterio férreamente mantenido hasta el día de hoy entre más o menos locas o razonables hipótesis. Desde que se trata del napolitano Domenico Starnone o de su mujer, hasta que en realidad es su propio editor, Sandro Ferri, de la modesta editorial e/o, O todos ellos juntos, quién sabe.

James Wood, uno de los más venerados críticos norteamericanos actuales, ha dicho de Elena Ferrante que sus novelas son «intensa y violentamente personales» y que, por ese aspecto de «confesión» auténtica y descarnada, mantienen hipnóticamente encadenados a los lectores. No le falta razón.

La «malavita»

No se trata de una gran estilista o maestra a lo Elsa Morante –como se ha asegurado de forma bastante exagerada–, pero es indudable que las suyas son potentes y apasionantes tramas de «lo humano», de las re-

laciones personales, de los odios y amores encarnizados, de esa «envidia y rencor» que corroee los corazones, de esa brutalidad malvada criada en la *malavita* o delincuencia ambiental; una brutalidad que clama venganza y ensañamiento las más de las veces. Sucesos encadenados que arrastran y engullen a su paso el plúmbeo y desasossegante lastre de la crónica sucia, maloliente, corrupta y nada ejemplar de ciudades degradadas aunque de una belleza no menos hipnótica y adictiva como Nápoles. Ciudades en las que una niña de cuatro años puede desaparecer, ser de-